

EL HUMANISMO DE QUEVEDO

Por EMMA GREGORES

de la Universidad de Buenos Aires

Intento recordar brevemente en estas páginas los principales aspectos del helenismo de Quevedo —alguna vez puesto en duda— y llamar con ello la atención sobre el carácter humanista de su obra.

En primer término, si leemos las cartas que se conservan de su correspondencia con Lipsio, escritas cuando Quevedo no tenía más de 24 años, ellas nos revelan ya un latinista notable, que escribe en latín a la manera de Séneca, y un erudito filólogo, que discute versos de Lucano o un pasaje de Arnobio. Pero nos indican también que tanto como la literatura latina le interesaban entonces diversos aspectos de la literatura griega. En primer lugar, Homero. El célebre J. C. Escalígero, en su *Poética*, había encontrado rudo su arte y proclamado la superioridad de Virgilio. Esta estética clasicista, que Escalígero representa, entendió poco la Grecia antigua y sintió mucho mejor lo romano que lo griego. Quevedo, apartándose de aquel rasgo del Renacimiento, le comunica a Lipsio a fines de 1604 que ha decidido escribir en castellano una defensa de Homero contra lo que llama “las calumnias de Escalígero”. El menosprecio que sentía por este filólogo y su exaltada admiración por Homero¹ vuelven a manifestarse en algunas de las obras poste-

¹ Parecería, además, que no sintió gran aprecio por Virgilio. Salvo pasajes aislados, no se advierte la influencia de aquél en su obra, como tampoco la de Teócrito. En general, Quevedo estuvo siempre muy alejado de la poesía bucólica grecolatina.

riores, y en la *España defendida* (1609) menciona un libro suyo que no puede ser otro que esa defensa. Montalbán la recuerda, en su *Para todos* (1633), como trabajo "para sacar a luz", dándole el mismo título con que la había citado Quevedo: *Homeri Achilles aduersus imposturas Maronianas*.

Pero si desgraciadamente se ha perdido esta defensa en la que tanto se empeñó Quevedo, otros testimonios nos quedan de los estudios realizados durante esos años en la lengua y en la literatura griegas. En 1609, diversas obras vienen a coronar este período. Ante todo, la labor más importante de Quevedo como helenista y filólogo: su traducción de la *Anacreontea*, dedicada al duque de Osuna con fecha 1º de abril de 1609. La versión está hecha sobre la edición príncipe de los poemas anacreónticos, que H. Estienne publicó en 1554. Los comentarios con que acompaña Quevedo muchas de las odas muestran que tuvo también presentes, en su traducción, la versión latina de Elia Andrea, las notas de Eilhardo Lubin a Anacreonte y la primera versión en lengua moderna, la de Remy Belleau al francés, de 1556. Algunos de dichos comentarios traen eruditas notas que explican de algún modo el texto; otros tocan determinados puntos de difícil crítica textual. En unos casos se ciñe Quevedo a las enmiendas de Estienne, ateniéndose a sus notas para la traducción, y así lo declara; en otros, las contradice, y funda su corrección en alguna aguda observación filológica, mostrando, en la mayoría de los casos, el mayor respeto por la lección del original. En su versión, muy parafrástica, emplea diversos metros y, en siete odas, el romance heptasilábico que, a partir de Villegas, se convertiría en el metro típico de la anacreónica en España. La elegante brevedad de los poemas griegos se diluye con la mucha amplificación de estas paráfrasis y poco queda, en verdad, del estilo tan característico del original. Pero el espíritu que lo anima está en general bien captado y se leen con placer; tienen

cierta melodiosa dulzura, particularmente las silvas, y si carecen de la ligera gracia, de la facilidad elegante de las versiones de Villegas —mucho más fieles— son, en cambio, en su conjunto, indisputablemente superiores y claros exponentes, algunas de ellas, del peculiar estilo de su autor. Tanto en la dedicatoria como en las palabras que cierran el libro, Quevedo parece empeñado en recalcar que se trata de la primera traducción española de estos poemas famosos. Sin embargo, como anterior a 1582 menciona Astrana Marín una versión (se ignora si completa o parcial) de D. Juan Fernández de Velasco. Pero se ha perdido, salvo unos pocos versos citados por Herrera, y Quevedo no debió conocerla. De la versión de una oda en romance, de autor anónimo, recuerda Quevedo los dos primeros versos. Además, tenemos la famosa anacreóntica “De tus rubios cabellos...”, que se atribuyó un tiempo, infundadamente, a Gutierre de Cetina, y con ello todo cuanto, a lo que sabemos, existía de Anacreonte en España con anterioridad a la versión de Quevedo. Además de cincuenta y seis odas de la *Anacreontea*, traduce Quevedo un auténtico fragmento del poeta de Teos conservado en el *Florilegio* de Estobeo. Completa la obra un breve prólogo con la defensa de Anacreonte y se intercalan, en uno de los comentarios, las versiones de las odas V y VII de Catulo ².

² Pocos conocen hoy el *Anacreón castellano* y saben que es la primera traducción española que tenemos de las célebres odas. Villegas, cuya versión es nueve años posterior, fué quien las popularizó en España y alcanzó el nombre de “Anacreonte español”. En realidad, estuvo Villegas más cerca que Quevedo del amable espíritu anacreóntico, lo sintió mejor y supo reproducirlo con gracia, no tanto en las versiones como cuando se propuso imitarlo. Además, tuvo el acierto de emplear uniformemente el heptasílabo, dando así a la anacreóntica su metro propio —el más adecuado para reflejar la rápida cadencia de los dímetros jónicos y yámbicos del original— y convirtiéndola en un género aparte dentro de la poesía española. Todo esto justifica el éxito de sus anacreónticas —particularmente en el siglo XVIII— pero no el olvido en que se tiene la paráfrasis quevedesca.

Podemos conjeturar que el gusto por Anacreonte le venía a Quevedo desde hacía ya algunos años. Su idilio "Aguardas por ventura..." (1606, según la cronología establecida por Astrana Marín) es evidente imitación del poeta griego, como ya hacía notar González de Salas en su edición del *Parnaso Español*. Es la única poesía de Quevedo en que he podido advertir este influjo pero, dado que se ha perdido buena parte de su producción poética, nos hace suponer que habrá sido mayor el número de estas imitaciones. Nunca estuvo más cerca del antiguo espíritu heleno que durante esos años que inmediatamente siguieron a los de sus estudios en Valladolid. Paladea entonces la exquisitez de la copia alejandrina y la toma, como casi todos los eruditos de su época, por el remoto y perdido original del siglo VI. Son "la dulzura y elegancias griegas", como dice en su Advertencia al *Anacreón*, las que le han cautivado. Entonces, con el mismo celo con que se siente indignado contra el humanista que menosprecia a Homero, quiere también defender al dulce poeta de Teos, "al buen Anacreonte": el prólogo a su versión es la apología más fervorosa, conmovedoramente vacilante entre su amor por lo antiguo y el temor de lesionar alguno de los preceptos de esa moral cristiana intransigente, que no olvida y de la que no quiere apartarse. Y noblemente, testimonio de su veneración por la literatura antigua, explica Quevedo las causas de su defensa: "Esto es lo que yo he podido hallar en disculpa de las calumnias de Anacreonte, que es piedad debida a los muertos... Y es respeto que se debe a los antiguos."

Veamos por fin, rápidamente, qué otras manifestaciones de la literatura griega despertaban durante ese periodo el interés de Quevedo. Sabemos, por ejemplo, por una nota del *Anacreón*, que tenía traducida ya entonces la novela de Aquiles Tacio *Los amores de Clitofonte y Leucipe*, de cuya versión transcribe allí dos pasajes. Es la única noticia que se tiene de esta incursión de Que-

vedo por el campo de la novelística griega, pues su traducción se ha perdido. Pero se conserva, en cambio, del mismo año del *Anacreón*, otra obra importante: la versión del falso Focílides. Por último, también en ese fecundo año de 1609 fué compuesta la canción pindárica en *Elogio al duque de Lerma*. Era una interesante novedad la que traía con ella Quevedo a las letras castellanas y que no ha sido destacada como merece. Era la misma innovación que había llevado Ronsard al francés³ y, al igual que aquélla, volvió a poner en evidencia la imposibilidad de adaptar a la lengua y al espíritu modernos el lirismo de Píndaro. Quevedo admiró mucho al poeta tebano y llevado de su admiración compuso sus odas pindáricas⁴. Pero si el esfuerzo es digno de encomio y está generosamente inspirado, el resultado no llegó a ser satisfactorio. En realidad, se limita Quevedo a estructurar formalmente sus canciones según el modelo de las de Píndaro, conservando su carácter panegírico, deslizado alusiones mitológicas, incluyendo algunos pensamientos morales, pero sin conseguir llevar más lejos su imitación ni reproducir su verdadero espíritu.

Al llegar el año de 1609 vemos, pues, que Quevedo, con todo el entusiasmo de una gran vocación humanista, se ha apasionado igualmente por las más diversas mani-

³ El grupo de poetas-humanistas de la Pléiade le fué muy familiar y estimado, toda vez que nos dejó traducciones e imitaciones de Belleau y Du Bellay. Me parece, por consiguiente, muy posible que haya influido algo el ejemplo de la Pléiade en la labor de traducción e imitación que llevó a cabo con Píndaro y Anacreonte.

⁴ En España, el pindarismo fué menor que en Italia y Francia. Con sólo un nombre importante contaba la Península dentro de esta corriente: el de Fray Luis de León, traductor de la *Olimpica I*. Un fragmento vertido por Mal-Lara, alguna paráfrasis de Hurtado de Mendoza, es casi todo lo que podría citarse. Pero si no se intentaba en España copiar a Píndaro, hubo en cambio, especialmente en la época de Quevedo, gran entusiasmo por su grandeza poética.

festaciones de la literatura griega; Homero, Píndaro, la novela helenística, la *Anacreonte*, las γνῶμαι del falso Focílides, le han ocupado seriamente. Defensor, traductor, imitador de los autores griegos, lo más importante de su obra original producida hasta entonces lleva además el sello de su cultura helénica: los tres primeros *Sueños*, que tiene escritos ya, han sido en gran parte sugeridos por la lectura de Luciano y esta influencia, patente en ellos, le valdrá años más tarde el nombre de "Luciano español" que le da Pellicer en 1630.

Pero este Quevedo juvenil no habrá de prolongarse más allá de 1609. A principios de aquel año se inició su amistad con el duque de Osuna y este hecho, que lo arrojó de pronto al turbulento teatro político de la época, transformó su existencia. El lamentable espectáculo del desmoronamiento de la poderosa monarquía española y sus propios infortunios, que siguieron a la ruidosa caída de su protector, entenebrecieron y disgustaron irreparablemente su carácter, de suyo pesimista, apasionado de las glorias del pasado de España y valientemente lúcido para juzgar su desastroso presente. Su obra de escritor fué lentamente transformándose y el regocijado autor de las *Pragmáticas* se convirtió en el grave exegeta del *Libro de Job* y comentador del *Marco Bruto*. Las agudezas despreocupadas, la mera risa, se vuelven cada vez más raras, el humorismo, cada vez más lúgubre. El severo satírico de los sonetos morales, posteriores todos a 1611 e impregnados de un estoicismo pesimista, el escritor hondamente cristiano de *La cuna y la sepultura*, el evangélico-político de la *Política de Dios*, están ya muy lejos del superficial espíritu anacreóntico. Y, en efecto, Anacreonte señala sólo un momento de la obra de Quevedo, una gran admiración, pero fugaz, y desaparece después. Durante sus años en Italia debió mantener intacto todavía su gusto por la anacreóntica, pues, según cuenta Tarsia, a instancias suyas el italiano Mariano Valguar-

nera tradujo a su lengua las famosas odas. Pero ya no tiene cabida Anacreonte en su obra ni vuelve a inspirar su poesía. Era un manjar demasiado ligero para nutrir por mucho tiempo, satisfaciéndolo, su espíritu profundo. Más sustanciosos alimentos necesitaba el político desengañado, el hombre perseguido y disgustado del mundo. Su erudición se vuelca totalmente en los escritores rígidamente morales, Séneca y Epicteto, su humanismo se aleja siempre más de lo exclusivamente pagano, de lo filológico y erudito, y se integra, dentro de una actitud espiritual intensamente cristiana, con los estudios bíblicos y de los Santos Padres. Si el humanista de 24 años conocía tan bien a su Séneca que su característico estilo fluía naturalmente de su pluma, el estoico de la edad madura vino a encontrarse tan compenetrado con su espíritu, que en varios lugares no se alcanza a distinguir si es Séneca o Quevedo el que gravemente moraliza. Un estoicismo cristiano le ofrece el refugio que necesitan sus males y consuelo para la impotencia con que clama contra los de España. Esto debió al Pórtico y “su filosofía varonil” y en muchos pasajes reconoció conmovido su deuda. Junto a Séneca y los escritores cristianos, en especial San Pedro Crisólogo, Tertuliano y San Agustín, son sus grandes modelos en verso y en prosa los poetas latinos Juvenal, Marcial y Persio, implacables testigos de la decadencia de Roma como lo era él de la española.

Por eso —volviendo ahora a su helenismo—, cuando después de más de veinte años se restituyó a su tarea de traductor de los autores griegos, fueron Epicteto y Plutarco, el filósofo estoico y el historiador moralista, los que vertió su pluma. Y al publicar en 1635 su *Epicteto traducido*, se acordó del *Focilides*, que había vertido hacía ya tantos años y calificado entonces de “filósofo religioso, que evangelizó en medio de la gentilidad”, y ambas versiones fueron juntas a la imprenta; pero no recordó su *Anacreón* y éste, en consecuencia, hubo de quedar inédito hasta los últimos años del siglo siguiente.

En cambio, mantuvo siempre intactos su admiración por Homero —los juicios más encomiásticos siguen apareciendo a lo largo de todas sus obras— y su gusto por la grandeza de Píndaro. De 1637 es la última (entre lo que se nos ha conservado) de sus imitaciones pindáricas, la silva *A don Jerónimo de Mata*. Sabemos, además, que conocía Quevedo a Aristófanes y que se ocupó especialmente en los trágicos griegos: en el *Prometeo encadenado* de Esquilo se inspiran dos sonetos escritos en 1631; y, por otra parte, González de Salas recordaba, en los preliminares a la musa *Melpómene*, que se propuso Quevedo en diversas ocasiones verter al español alguna de las grandes tragedias antiguas. La última de sus traducciones del griego, publicada poco antes de su muerte, es la *Primera parte de la vida de Marco Bruto*, en la cual la *Vida* de Plutarco, que traduce, es el hilo donde va enhebrando las propias reflexiones morales y políticas que el texto le sugiere. No se agota aquí todo lo que debe Quevedo a la literatura griega. Es imposible dejar de recordar la *Antología*, donde podría buscarse el asunto de tantas composiciones poéticas festivas de las más célebres y en la que se ocupó a menudo, según se desprende de palabras de González de Salas en una disertación de la *Musa IV*. Podemos añadir los nombres de otros autores griegos que mucho influyeron en él y de aquellos cuyas frecuentes citas revelan una constante lectura: a la máxima influencia de Epicteto se suma la de Epicuro, que se da sobre todo a partir de Séneca, con cuyas palabras, principalmente, compuso su defensa de aquél contra el menosprecio en que solía tenersele; además Teognis, Polibio, Platón, Aristóteles e Isócrates. Finalmente, en lo que respecta a los autores latinos, mencionaré, además de los ya citados, a Horacio, Propercio, Lucano, Ovidio, Lucrecio, Cicerón, César y Plauto.

Tales son, en rápido resumen, los principales episodios de la labor de Quevedo helenista; y junto a ellos, recor-

dados muy someramente pues son algo más conocidos, algunos modelos e influencias latinos. Son suficientes para darnos la idea de una vasta tarea humanística, rica y variada. Y tan importante, además, que todos los aspectos de su obra —el satírico, el festivo, el político, el cristiano—, toda su doctrina moral y su filosofía, no quedan explicados si no se busca su última y más profunda raíz en el terreno de las literaturas clásicas. De los autores antiguos tomó Quevedo ideas, frases, hasta rasgos peculiares de su estilo; aprendió en ellos el modo de educar con la sátira, y vivificó con sus palabras eternas los tratados más áridos de doctrina cristiana. Ellos le dieron asuntos para sus poesías, autoridad para sus afirmaciones, ejemplos para sus teorías, modelos para la composición de sus obras, materia para sus traducciones, oraciones, símiles, metáforas e imágenes. No hay obra suya, aun la más alejada del espíritu antiguo, en la que no sean numerosos los saqueos perpetrados a los clásicos y no surjan constantemente citas de sus autores predilectos. Según el consejo de B. L. de Argensola, dejó correr su ingenio “por esa docta antigüedad escrita” y se adueñó de ella. Dos fueron sus grandes pasiones: su amor a España y su amor a los clásicos. Mientras no se haya investigado el papel que en su obra y en su vida desempeñaron y cómo fueron configurando su carácter, no se conocerá bien su compleja figura. Ambas se complementan y confunden en el orgullo de español con que considera a los escritores hispanolatinos sus compatriotas. De ahí que fuera tan profundo su rencor contra Escalígero, que los llamó “pingues isti cordubenses”, y contra Muret, que calificó a Lucano de ignorante y a Marcial de bufón; de ahí también, en gran parte, de ese orgullo de raza, su vibrante apología de Séneca.

Quevedo no es el humanista paganizante, renacentista, del tipo de Ronsard: es el profundo humanista cristiano, como fué Thomas More. Su erudición no es postiza ni añadida. Toda la antigüedad ha sido repensada y re-

creada por su mente cristiana e incorporada a su sensibilidad. De tal modo que, empapado de lecturas que salen solas a su pluma, compone el tipo del verdadero humanista, el que —como quería La Fontaine— lo es sin pensarlo o al menos sin hacer esfuerzo. Quevedo no hace alardes de erudición clásica: está todo impregnado de ella; no puede evitar, digámoslo así, que su obra entera sea el producto de su cultura. En último término, su humanismo es un refugio, un intento de huir del presente y forjarse un alma antigua. Pero, profundamente cristiano, no fué capaz de sacudir una sola de las cadenas del dogma ni apartarse un ápice del pensamiento de la Iglesia. Víctima tantas veces del furioso celo por la religión y, aún más, del innoble encono de los envidiosos, palpita con frecuencia, dolorosamente, en su obra la lucha entre su amor a lo clásico y su afán de ponerse a cubierto de las censuras de la Inquisición y de mantenerse dentro de la más estricta ortodoxia. Podía decir con independencia “al vulgo”: “diga yo lo que me importa / y di tú lo que quisieres”, pero nunca pudo ni quiso decirselo a los severos inquisidores. Tuvo intensamente el gusto del arte antiguo, pero debió limitarse a recoger de aquellas ideas sólo lo que no contrariaba al catolicismo⁵, esforzándose tenazmente por buscar un origen bíblico a las ideas paganas preferidas o un influjo cristiano para los rasgos de mayor altura moral de los filósofos gentiles. Pero este maridaje de cristianismo y paganismo sólo en contados lugares es enteramente armonioso y natural: con bastante frecuencia parece impuesto por una conciencia de católico demasiado despierta y vigilante, en lucha, a veces, con ciertos ribetes

⁵ No le era difícil saber hasta dónde podía apropiarse de las ideas paganas, dados sus sólidos conocimientos teológicos; por eso fracasaban todos los ataques que se le hacían en cuestiones de ortodoxia. Por ejemplo, el del P. Pineda: en su *Respuesta* a éste exhibió Quevedo una robusta teología y derribó una a una las objeciones del padre.

de escepticismo que tal vez Montaigne, tan admirado, ayudó a remover. Ni aún en sus obras más cristianas se apartó Quevedo de su veneración por los filósofos antiguos; prefirió, más bien, hacerlos instrumentos de Dios. Con el mismo apasionamiento con que hizo la defensa de Anacreonte, pero con más constancia y hasta el fin de su vida, hizo también la apología de la filosofía pagana. Así, en *Nombre... y decencia de la doctrina estoica*, que se imprimió junto con las traducciones de Epicteto y Focílides en 1635, dice hablando de Epicuro: "Y pues por misericordia de Dios tenemos la luz que le faltó a él y a todos los filósofos gentiles, estimemos lo que vieron y no les acusemos lo que dejaron de ver. Cuando lo condenáremos, no difamemos su memoria, si contradijéremos sus escritos." Y en la misma obra, esa vibrante defensa de toda la gentilidad en la persona de Séneca, donde se leen aquellas bellísimas palabras: "(el interesado en su terquedad) repare en el nombre de Séneca venerable empeñado en esta defensa. Reverencie en sus escritos toda la majestad de la filosofía idólatra." Quevedo advirtió como nadie los tesoros que encerraba la antigua sabiduría, la gran virtud moral del humanismo y todo el valor que tenía para la formación del hombre la educación por la antigüedad clásica.

Este humanismo de Quevedo es, pues, la línea ininterrumpida que da unidad a toda su obra. La crítica contemporánea lo comprendió así al ensalzar de modo constante su erudición vastísima y su profunda versación en las literaturas clásicas. Si Lipsio fué de los primeros —y su juicio de los más valiosos— en reconocer los progresos alcanzados por Quevedo en este terreno de las humanidades, el tono de los elogios al humanista español sigue siempre *in crescendo* hasta los póstumos de Tarsia y de González de Salas. Por el contrario, a diferencia de lo que ocurría en el siglo XVII, los críticos modernos no han reparado suficientemente en que toda su obra

sólo se explica a partir de una formación clásica, greco-latina, y en el inconfundible espíritu humanista que de aquélla se desprende: rasgo poco frecuente en la de los otros grandes escritores coetáneos y que la destaca con vigor en el marco literario de la época⁶. Tal vez sea este carácter de excepción lo que explique que desde el siglo XVIII hasta hoy haya soslayado la crítica tan fundamental elemento de la personalidad artística de Quevedo y hasta haya llegado a dudar de sus conocimientos del griego. Se trata, quizá, de una suerte de resistencia inconsciente a conceder honores de gran humanista a un gran poeta español del siglo XVII: se duda porque, como humanista, Quevedo pertenece más al siglo XVI —al que prolonga en algún modo— y parece “anacrónico” en el XVII; se discute su helenismo por lo excepcional del caso, porque nada en su obra da derecho a hacerlo⁷. Antes bien, todo lo reseñado hasta aquí y, en general, su obra entera, parece demostrar precisamente lo contrario. A ello añadiré algunos rasgos que hablan en favor de ese helenismo: frecuentes citas en griego; disquisiciones filológicas, que revelan un dominio de la lengua superior al corriente que pudo adquirir en Alcalá; etimologías griegas de palabras castellanas; los frag-

⁶ En *España defendida*, inspirada por el más ardiente patriotismo, el mismo Quevedo debió reconocer la inferioridad en que estaba su país en este campo de las humanidades. Y porque no se atrevía a rechazar como calumniadores a los que tal afirmaban, prefirió, llevado de su hispanismo, rebajar de categoría a este tipo de estudios, al que consagraba entonces todos sus afanes.

⁷ Tal, por ejemplo, E. Carilla en su interesante libro, donde parece apoyarse en una opinión verbal de María R. Lida para no dar al helenismo de Quevedo una importancia decisiva. El hecho de que las versiones directas del griego, sobre todo las de valor, hayan sido excepcionales en España —según señala Carilla— en nada contradice que las de Quevedo lo sean y nada arguye contra su helenismo. Aumenta, en cambio, la rareza de éste el hecho de que la mayoría de las traducciones del griego en la Edad de Oro lo fueran al latín.

mentos conservados de su obra *Observaciones raras a todo género de autores*, rebosantes de erudición antigua; referencias constantes al texto griego de los Evangelios, que sugieren frecuente lectura; todo el tratado de la *España defendida*, cargado de erudición filológica semítica y clásica y al que aplica Quevedo una abrumadora ciencia humanística; explicaciones de palabras griegas. Muchos pasajes dejan ver que traducía con facilidad directamente del griego: “las palabras griegas sólo dicen...”, “así lo leo yo...”, etc. Juega Quevedo, en fin, con la significación griega de algunos vocablos y aprovecha esa lengua para la creación de neologismos. Valiosísima como prueba es su versión de la *Anacreontea*. Prescindiendo de lo esclarecedor que podría resultar un minucioso cotejo de la traducción con el original, pero que precisaría un largo estudio⁸, recordaré como muy elocuentes las notas ya mencionadas, en las que se discuten las interpretaciones de Estienne con un gran dominio de la materia. Bien es verdad que Góngora en algunas poesías sugiere malévolamente que Quevedo traducía a Anacreonte sin conocer su lengua, y que a esta invectiva podrían agregarse otras análogas, de adversarios también. Pero tales manifestaciones se hicieron en el calor de una guerra literaria que no se detuvo ante las peores calumnias, preocupada sólo por llevar el ataque del modo más violento posible. Y frente a ellas tenemos, según dije ya, el juicio, bien diverso de todos los demás contemporáneos. Podría también oponerse el hecho de que varias citas de autores griegos aparezcan en latín, pero esto era lo corriente entonces y no tiene valor como prueba. Citemos por último como testigo al propio Quevedo, cuyas palabras tienen el derecho de ser oídas: en la dedicatoria del *Anacreón castellano*, estas palabras: “por

⁸ Por lo demás, la versión es demasiado parafrástica para exigirle fidelidad y para que las infidelidades sean una prueba decisiva.

ir con más copiosos comentarios que hasta ahora ha tenido, más corregido el original, y con muchos lugares declarados, no advertidos jamás”, indican bien a las claras que nos encontramos con una versión directa del original y que su autor tenía conciencia de saber hacerlo bien.

Es también posible causa de que se haya descuidado el carácter humanista de la obra de Quevedo, el hecho de que sólo una pequeña zona de su producción, la satírico-festiva —zona insignificante, si se la compara con su obra total, de las más profundamente serias de la literatura española—, se divulgó y popularizó, de tal modo que se sobrepuso a los demás aspectos y se convirtió en centro principal de la atención de los críticos⁹. Estos se preocuparon, en general, por destacar el carácter satírico, el sombrío humorismo —dos aspectos sin duda importantes— de la obra de Quevedo, cuando no nos dieron estudios principalmente biográficos, que lo encuadran dentro del desquiciado y turbulento marco político de la decadencia española. En esta bibliografía, lo verdaderamente valioso y fundamental (el estudio estilístico de Spitzer sobre el *Buscón*, por ejemplo) es asombrosamente escaso para tratarse de la portentosa obra de uno de los escritores más famosos de Europa y que sólo a Cervantes va en zaga en el perfecto manejo del español. En el tema en que me he ocupado, apenas el buen trabajo de Sánchez Alonso sobre el influjo de los satíricos latinos, el de Láscaris Comneno sobre el senaquismo de Quevedo (infortunadamente, me ha sido imposible consultarlo), breves pero interesantes aportes de María Rosa Lida y algunas indicaciones de Astrana

⁹ No olvidemos, además, que se ha creído algunas veces, erróneamente, que el admitir influjos y suponer fuentes literarias en un autor era lo mismo que admitir su falta de “originalidad” y que esta opinión, bien diferente de la del siglo XVII y hoy superada, pudo llevar a la crítica del siglo pasado a descuidar, deliberadamente, este tipo de investigaciones.

Marín. Muy poco más. Fué sin embargo Quevedo, por su cultura, un caso de excepción en las letras españolas del siglo XVII y puso al servicio de su obra todo el caudal de una asombrosa erudición bíblica y grecolatina. Es de esperar, pues, que nõ se haga aguardar demasiado un trabajo que trate a fondo el Quevedo humanista y explique en función de ese humanismo los múltiples aspectos de su creación.